

la propuesta de Kant— hace posible, por así decirlo, el tránsito del encanto sensible al interés moral habitual, sin un salto demasiado violento, al representar la imaginación también en su libertad, como determinable conformemente a un fin para el entendimiento, y enseña a encontrar, hasta en objetos de los sentidos, una libre satisfacción, también sin encanto sensible»²⁰.

Aquí la «razón poética», como versión de la «razón mediadora», aparece de nuevo favoreciendo el tránsito de la vida al ser. «La razón pura humilla a la vida cuando no ha sabido enamorarla», según ha sabido percibir María Zambrano. Porque no se trata de que el ser venza a la vida, no se trata de la victoria del ser sobre la vida, sino del mutuo convencimiento; ser y vida han de vencer en común aquellas resistencias que, indudablemente, se oponen a su feliz unidad: la vida no podrá ser si el ser no vive, y este «convencimiento» sólo se da por el amor, desde y para él; fuera de él no caben mandamientos. La función intercesora de la «razón poética», de la «belleza» que esta razón engendra, estaría precisamente en despertar aquel estado de «enamoramamiento» que se requiere. Por la belleza, la vida siente y acepta la verdad, su verdad, que se le ofrece más allá de sí misma; por la belleza, el ser descubre su compromiso con la vida, a la cual debe de ofrecer la expresión y la luz del reconocimiento. Por la belleza, la vida y el ser se descubren en su « semejanza », en su necesaria y justa complementariedad; por la belleza, la vida y el ser se enamoran.

En el divorcio entre la vida y el ser que hemos denominado, con María Zambrano, la «angustia», la belleza se ofrece como velo protector, bálsamo que penetra por entre los bordes de esta herida trágica del alma: «Y se diría —para María Zambrano— que la belleza sea toda el velo de la verdad y que la vida misma que se nos da sea el velo del ser. Y que su ser se le esconda al viviente mientras vive para desplegarse solamente en la total entrega»²¹.

La belleza despierta al amor, un amor doble que dispone a la vida y al ser al mutuo reconocimiento; y por despertar al amor, la belleza es la que prepara las nupcias de la vida con el ser. Porque Venus es doble —como ha pensado Marsilio Ficino y toda la tradición cristiano-platónica, que María Zambrano actualiza y enriquece con original talante—, y de Venus procede un doble amor: el amor del ser, que nos mueve a entender y a contemplar la belleza de lo divino; y el amor de la vida, que nos da la fuerza para reconocer y generar en el mundo esa misma belleza divina, presente, como magnífico esplendor, en todo lo creado. La belleza, también para María Zambrano, pertenece a lo divino, y de ella proceden los «dos nacimientos del amor» que generan el proceso de la doble conversión —del ser por la vida y de la vida en el ser— que la unidad del alma reclama. Y si la belleza engendra, o despierta, al amor, no es sino porque el amor mismo es sed de belleza, de tránsito y final reconciliación. «Añádase —decía Ficino— que los artistas en cualquier parte no buscan ni cultivan otra cosa que el amor»²².

²⁰ Kant, M. *Crítica del Juicio*. Ed. Espasa-Calpe, col. «Austral», Madrid 1977, p. 263-264.

²¹ Claros del bosque, op. cit., p. 132.

²² Ficino, M. *De Amore, Comentario a «El Banquete» de Platón*. Ed. Tecnos, col. «Metrópolis», Madrid, 1986.

En esta tradición, el amor sólo existe como ofrenda o donación; es la «unidad» que no aniquila, que no confunde la «diferencia», sino que, más bien, la reconoce y, por lo mismo, la trasciende. El amor, «que procede al par del ser y de la vida», como ya tuvimos ocasión de ver, dispone a los amantes al mutuo sacrificio, o a la ofrenda recíproca, que es la versión que ha adquirido, por el «ágape» del amor, la virtualidad sacrificial. «Muere, entonces, cualquiera que ama —dijo Ficino—. Pues su pensamiento, olvidándose de sí, se vuelca en el amado»²³. Quien ama se pierde a sí mismo y sólo desde el otro, por el otro, es capaz de recuperarse. El fruto de este estado de ofrenda, sacrificio al que mueve el amor, y que el amor exige para que se verifique el ideal de unidad, es la comunicación amorosa, el encuentro de los amantes, que perviven y coexisten y se recrean mutuamente:

«Porque el amor —nos explica María Zambrano— lleva consigo una distancia. Amor sin distancia no sería amor, porque no tendría unidad, objeto. Es su diferencia esencial con el deseo: en el deseo no hay propiamente objeto, porque lo apetecido no está en sí mismo, no se le tolera ensimismarse... El deseo consume lo que toca; en la posesión se aniquila lo deseado, que no tiene independencia, que no existe fuera del deseo»²⁴. En el amor, añade María Zambrano, subsiste siempre el objeto que tiene su unidad inalcanzable; pues el amor, aun el que «primariamente» procede de la carne, pide el sacrificio para realizarse, para dar a su promesa el cumplimiento: «Necesita traspasar la muerte para cumplirse —nos dice cristiana y platónicamente María Zambrano—, atravesar la vida, la multiplicidad del tiempo. El amor, al igual que el conocimiento, necesita de la muerte para su cumplimiento... que el amor que nace en la carne (todo amor «primero» —primario— es carnal) tiene, para lograrse, que desprenderse de la vida, tiene también que convertirse; como decía Platón, era menester realizar con el conocimiento. Y esta conversión se ha verificado por la poesía, en la poesía».

Estamos en condiciones de formular la relación que se establece entre la función poética y la función sacrificial; y lo haremos, enunciándola a manera de un esquema, previo a lo que será nuestra explicación del mismo desde los textos de María Zambrano, de los cuales creemos que se deriva, como una original y completa «teoría poética» o «teoría de la escritura». Aceptamos las limitaciones que esta esquematización nos impone, a cambio de la facilidad que nos ofrece para la síntesis y la representación de lo que significaría aquella relación de funciones.

«Poética» y «sacrificio» obedecen al principio unitivo de la «razón mediadora» entre la vida y la verdad. Si «poética» es la expresión verbal de esta unidad, su propuesta; «sacrificial» es la verificación en el alma de la misma unidad, su experiencia. En ambos casos, se trata del acto creador de la unidad entre la vida y el ser: en el primer caso, su representación; en el segundo, su presencia. La belleza de lo poético, la peculiar unidad que representa, despierta en el alma el doble amor que mueve al sacrificio, la mutua ofrenda de vida y ser; y por el sacrificio se realiza, en el alma, aquel encuentro al que el amor invita, se verifica la propuesta, se da cumplimiento «en espíritu y en verdad» al ideal unitivo del alma, su piedad: la vida y el ser reunidos.

²³ De Amore, op. cit., p. 42.

²⁴ Filosofía y poesía. En Obras Reunidas, op. cit., p. 170.

La «belleza» poética (tomamos aquí el término «belleza» en un sentido genérico) en el proceso creador, si tuviéramos que hacer una descripción de este proceso como «fenómeno», presentaría dos momentos de percepción: el de una primera contemplación, en el escritor, directamente vinculada, o mediatizada, al acto de la escritura; y el de una segunda contemplación, en el lector, directamente vinculada al acto de lectura. La unidad de ambos momentos, que los incluye y los hace complementarios, procede del poema, donde cristaliza la forma mediante la cual el efecto estético podrá ser percibido en las sucesivas y diversas lecturas.

El «sacrificio», que ha de verificar en las almas la unidad que el poema propone, también se da compartido, esto es, en dos momentos: el primero es el que, en virtud de aquella primera «contemplación», y del estado de «enamoramiento» que la misma contemplación despierta, el escritor recibe como inevitable al alma, y lo acepta —«hágase en mí la palabra»—; el segundo momento del sacrificio es aquel que, en virtud de la «contemplación» que el poema ofrece al lector, y del «enamoramiento» que en él debería de provocar, el propio lector descubre como inevitable, necesario, para sí, y lo acepta —«según tu palabra»—.

El resultado de este proceso, para el escritor y para el lector, para la unidad que comparten, tiene un nombre que es la «conversión». El ciclo de la conversión se completa y su resultado es empírico, maravillosa experiencia de una doble unidad: la unidad del alma consigo misma —en el escritor y en el lector, por separado—; y la indisoluble comunidad en que escritor y lector —lectores entre sí— se congregan, verdadera comunión, en torno a esa fórmula de «belleza» —la misteriosa unidad, de formas de vida y formas de ser, que representa— descubierta y realizada, por la creación poética, por el poema, en el alma. Este es el lugar donde acontece el banquete nocturno, el poema que recrea las almas; es la «cena que recrea y enamora», el altar para la ofrenda y la oblación.

IV: La escritura mediadora

Porque anterior a la escritura fue la sagrada soledad: «Escribir es defender la soledad en que se está»²⁵. María Zambrano conoce que hay distintas soledades, como distintos son los cielos: la soledad del poeta, la del filósofo, la del santo... Y en cada soledad hay un secreto que pide ser comunicado, un secreto que necesita ser compartido para acabar de nacer, para revelarse: «El escritor sale de su soledad a comunicar el secreto».

La soledad del escritor, en cualquiera de sus géneros, es el inicio del proceso sacrificial. En unos casos, la escritura será fijación del secreto —la poesía como «género»—; en otros, la escritura será producción del secreto, su devenir, su búsqueda o su descubrimiento: son los géneros de la escritura. No obstante, siempre hay un sacrificio necesario, que el escritor debe cumplir para que su acto, la escritura, provoque la «creación», para que su escritura sea «poética», mediadora: en primer lugar, vencer la vanidad de las palabras; en segundo lugar, vencer la propia vanidad.

²⁵ «Por qué se escribe». En *Hacia un saber sobre el alma*, op. cit., p. 24 ss. Todas las citas no marcadas con nota, en este apartado, han sido tomadas de este artículo.

«Salvar a las palabras de su vanidad —propone María Zambrano—, de su vacuidad, endureciéndolas, forjándolas perdurablemente, es tras de lo que corre, aun sin saberlo, quien de veras escribe». Sin embargo, pese a que esta belleza formal, o estilística, es necesaria, la comunicación del secreto requiere algo más, producir un efecto: «Lo escrito es igualmente un instrumento para esta ansia incontenible de comunicar, de «publicar» el secreto encontrado, y lo que tiene de belleza formal no puede restarle su primer sentido; el de producir un efecto, el hacer que alguien se entere de algo».

Por eso, escribir, para María Zambrano, es ante todo un acto de fe; un acto de «fe en los demás», que exige la «fidelidad» de uno mismo: «Fidelidad que, para lograrse, exige una total purificación de las pasiones, que han de ser acalladas para hacer sitio a la verdad. La verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse, sin que ninguna otra presencia se entremezcle con la suya, desfigurándola. El que escribe, mientras lo hace, necesita acallar sus pasiones y, sobre todo, su vanidad». El secreto pide al escritor su fe, le exige su fidelidad; y el escritor debe ofrecerse, fiel a «aquello que pide ser sacado del silencio... Y es que el escritor —añade María Zambrano— no ha de ponerse a sí mismo, aunque sea de sí de donde saque lo que escribe. Sacar algo de sí mismo es todo lo contrario de ponerse a sí mismo». Este es el sacrificio, sin el cual el escritor no podría dar a la luz aquella verdad que la vida, la suya y la de todos, le solicita; la verdad a costa de sí mismo, la verdad «obtenida mediante la fidelidad purificadora del hombre que escribe... Y esta verdad es la que ordena las pasiones, sin arrancarlas de raíz, las hace servir, las pone en su sitio, en el único desde el cual sostiene el edificio de la persona moral que con ellas se forma, por obra de la fidelidad a lo que es verdadero».

Se trata de «la verdad que nos hace libres», de una moral viva, que procede y mueve, por el amor, al sacrificio; es la moral del sacrificio, que se encuentra y se recibe más allá del bien y del mal: «Cuando la poesía hable de ética —nos dice María Zambrano— hablará de martirio, de sacrificio. La poesía sufre el martirio del conocimiento, padece por la lucidez, por la videncia. Padece, porque poesía sigue siendo mediación y en ella la conciencia no es signo de poder, sino necesidad ineludible para que una palabra se cumpla»²⁶. Y es que hay una palabra que debe ser cumplida en el viviente, pues ella misma es su cumplimiento; palabra que sólo se nos da por la conciencia translúcida, purificada, aquella que nace del sacrificio. Y hay para quienes el sacrificio es verdad inevitable, destino que se ofrece a los labios para ser tomado, como el cáliz, apurado hasta el centro último de sí mismos, para alcanzar la piedra donde nace el nombre de la vida: son los mediadores, los consumidos por el amor, son los piadosos.

Y si ha de ser a costa de sí mismo el oficio de comunicar la verdad de la vida, es porque hay verdades que son de todos y para todos, que no pueden ser obscurecidas o empañadas por la vanidad o las pasiones, las no verdades de quien, sin haber llegado a ser, sin haber nacido a la conciencia, «se hincha para recubrir su interior vacío» —como delata, piadosamente implacable, María Zambrano— para decir «todo lo que debe callarse por su falta de entidad, todo lo que por no ser verdaderamente no debe ser puesto de manifiesto... pues sólo da la libertad quien es libre». Aquellas verdades recibidas,

²⁶ Filosofía y poesía, op. cit., pp. 187-188.